

Julio de 2006- Julio de 2010

REFLEXIONES SOBRE LA SEGUNDA GUERRA DEL LIBANO

Moshé M. Rozén,

Kibutz Nir-Itzjak, Israel



Víctimas y victimarios

El conflicto bélico de julio del 2006 suscitó, entre otras polémicas, una generalización sobre el concepto de genocidio. Lo que, principalmente desde la Segunda Guerra Mundial y el Holocausto, define al atentado contra la existencia de un grupo étnico en su conjunto, contra su derecho mismo a la vida, fue asimilado por cierta prensa y tendencias políticas, en alusión a la guerra en Líbano, específicamente contra Israel.

La acusación contra el Estado de Israel reúne distintos elementos, probablemente no vinculados entre sí, pero convergentes en la intención de aislar y marginar a su pueblo y –por extensión, como se percibió claramente en Argentina y otros países- a todos los judíos.

La transferencia de funciones, de la percepción de los judíos como víctimas a perpetradores de exterminio, se inscribe en la política del actual gobierno de la República Islámica de Irán, destinada a deligitimizar al Estado de Israel, negando al Holocausto y demonizando al pueblo judío.

Paradójicamente, la falsificación de la memoria y la presentación de Israel como país-asesino, se colocan al servicio de la intención, reiteradamente declarada por los aparatos de terror diseñados por el Islam integrista, de poner fin a la soberanía del pueblo judío y destruir al Estado de Israel, o sea: no se trata de una casual inversión de términos.

Cuando se acusa al Ejército de Defensa de Israel de cometer “delitos genocidas” como respuesta a la agresión contra su frontera norte, se desea construir una otredad absolutamente negativa, una estigmatización del adversario, que posibilite denigrar y hostigar a los israelíes en la comunidad internacional, pero –y aquí otro preocupante corolario de la estrategia propagandística iraní- de adelantar la maquinaria de muerte montada por el fundamentalismo islámico, distrayendo la atención de la amenaza nuclear del régimen de Teherán.

No es Israel la que pone en peligro a la sociedad libanesa: en el terror contra los israelíes, los atentados contra la Embajada de Israel en 1992 y la sede comunitaria del judaísmo argentino en 1994, se hallan los gérmenes ideas totalitarias y homicidas que constituyen un riesgo para el Estado de Israel y para los judíos en el mundo pero –**no en menor medida**- una creciente sombra en el horizonte de la Humanidad toda.

El rabino Soloveichik escribió hace muchos años sobre la soledad del judío moderno, el hombre de fé, el conflicto ético entre la palabra y el poder, la letra y la espada, la voz educativa, reflexiva y su oponente, el imperativo de la acción inmediata y determinante.

Hoy podemos hablar de otra soledad: tal vez la misma, pero más acentuada: difícil hablar cuando muchos gritan, imposible pensar –concibiendo el pensar como un acto buberiano, de cambio de ideas y diálogo- cuando las imágenes de Gaza y el Líbano golpean la pantalla.

Imágenes de guerra y terror, de muerte y *jurbán* (ruina, destrucción).

Estas imágenes de julio 2006 se perpetuaron en la pantalla.

Proyectiles *Kassam* disparados desde Gaza, cayeron sobre nuestras casas en Kerem Shalom, Nir Itzjak, Sufá: los poblados fronterizos en el Neguev Occidental.

El Islam en armas no apunta sólo contra nuestros soldados; lo hace contra los civiles, sobre los jardines de infantes, los hogares de ancianos, los campesinos de Nir Oz, los obreros de Sderot.

Sin embargo cuando contestan los cañones, las voces de paz y diálogo en Israel no se ahogan bajo su tronar; la izquierda, los intelectuales, el movimiento israelí por la paz, discuten públicamente.

Lo mismo no se puede decir de los grupos como Hamas; ellos no lamentaron la pérdida de vidas humanas, hasta hoy siguen disparando sus proyectiles, de modo deliberado y no accidental, sobre ciudades y kibutzim.

El terror islámico no lucha contra el Ejército de Defensa de Israel: lo hace contra civiles; *lo hace desde casas pobladas por familias.*

En Irán no hay un movimiento como Paz Ahora. En Irán, que niega al Holocausto, que proclama el exterminio de Israel, danzan sobre la sangre.

¿Estamos solos los hombres de fe, los que creemos en el hombre, en la palabra? Posiblemente. Dificil esta soledad ante la prensa hostil y un progresismo más antisemita que anti-israelí.

Dificil sostener este credo laico y humanista en estos tiempos.

Pero esta es nuestra hora de prueba.

Es hora de prueba, también, para ustedes, que leen estas líneas en América Latina, en España, en el resto del mundo: no renunciar a la verdadera solidaridad: **Con Israel y por la Paz.**